

temas de  
**in-fan-cia**  
educar de 0 a 6 años

ROSA SENSAT

**6<sup>a</sup>**  
edición

OCTAEDRO

Loris Malaguzzi

# La educación infantil en Reggio Emilia



Loris Malaguzzi

# La educación infantil en Reggio Emilia

Traducción de Alfredo Hoyuelos

OCTAEDRO - ROSA SENSAT

TEMAS DE INFANCIA, núm. 3

Título original: *I cento linguaggi dei bambini. L'approccio di Reggio Emilia all'educazione dell'infanzia*, Carolyn Edwards, Lella Gandini y George Foreman (eds.), «La storia, le idee, la cultura», por Loris Malaguzzi.

Publicado en italiano por Edizioni Junior.  
Impreso con el permiso de Ablex Publishing Corporation.

Primera edición: setiembre de 2001

Sexta edición: marzo de 2020

Sexta edición (epub): marzo de 2021

© Ablex Publishing Corporation, 1993

© De esta edición:

Ediciones Octaedro, S.L.  
Bailén, 5 - 08010 Barcelona  
Tel.: 93 246 40 02  
[octaedro@octaedro.com](mailto:octaedro@octaedro.com)  
[www.octaedro.com](http://www.octaedro.com)

Associació de Mestres Rosa Sensat  
Avda. Drassanes, 3 - 08001 Barcelona  
Tel.: 93 481 73 81 - Fax: 93 301 75 50  
[redacció@revistainfancia.org](mailto:redacció@revistainfancia.org)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español

de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Traducción: Alfredo Hoyuelos

Fotografía de la cubierta: De Bambini, spazi, relazioni, Regio Children, 1998

ISBN (papel): 978-84-8063-498-4

eISBN (epub): 978-84-18615-51-1

Diseño y realización: Octaedro Editorial

# Índice

Presentación

Introducción

Las raíces

La pluridimensionalidad del mapa

A favor de una pedagogía relacional

El dilema enseñanza-aprendizaje

En la práctica, el éxito de la teoría

Entrar en el juego

El hilo de Ariadna

La educación vive del diálogo y de la participación

# Presentación

La experiencia reggiana es, sobre todo, conocida en el mundo a través de sus exposiciones —una versión europea y otra americana— *I cento linguaggi dei bambini* (Los cien lenguajes de los niños). Estas exposiciones son la versión actualizada de *L'occhio se salta il muro*, que en la década de los 80 estuvo en Barcelona, Palma de Mallorca y Madrid.

En 1991 la prestigiosa revista estadounidense Newsweek señaló a la Escuela Infantil Municipal Diana de Reggio Emilia como la mejor institución en Educación Infantil a nivel mundial. A partir de ese momento una avalancha de investigadores, educadores y pedagogos americanos (que se unieron a los ya miles de visitantes de casi todos los países del mundo) quisieron conocer esa *meca* pedagógica y profundizar en este enfoque educativo que, hoy, internacionalmente es conocido como el *reggio approach*.

La conversación con Loris Malaguzzi, recogida en este libro, proviene de una entrevista que pasó a formar parte de un libro más amplio publicado originalmente en Estados Unidos para responder, de alguna manera, a ese interés

suscitado por encontrar las bases teórico-prácticas del proyecto reggiano.

En Reggio Emilia más que escribir grandes tratados pedagógicos se dedican a practicar la educación. «Es en la práctica donde nos jugamos el futuro de la escuela y de la educación», solía comentar Malaguzzi. No obstante Reggio Emilia ha sabido escribir (lejos de las formas y cánones académicos preestablecidos) la historia de la infancia, de los hombres, de las mujeres y de la fascinante profesión del educar desde la calidad de las escuelas, desde la amabilidad de sus ámbitos educativos, del cuidado estético de los detalles y desde la documentación en imágenes de cientos de procesos educativos que desvelan un niño o una niña con cien lenguajes. Como dice Susanna Mantovani en la presentación del libro en su edición italiana: «Niños constructores [...]. Niños fascinantes, niños divertidos, niños que siempre merece la pena observar y escuchar, no por un deber vocacional o por cariño, sino por interés, curiosidad, pasión, diversión, porque es interesante descubrir qué hace un niño delante de un agujero en una pared o delante de un espejo [...].»

Pero la experiencia reggiana no está exenta de teoría y en el texto de Malaguzzi descubriremos algunas de las pistas declaradas para espiar las fuentes culturales de dicha experiencia.

Así pues, este libro responde a esa necesidad imperiosa de tener algo escrito para poder entender y traducir las bases educativas del proyecto educativo de las Escuelas Infantiles Municipales de Reggio Emilia. En este contexto ha de ser leído.

Malaguzzi es el iniciador e inspirador de la aventura educativa reggiana. Un maestro y pedagogo que dedicó toda su vida a la construcción de una experiencia de calidad educativa que, partiendo de una enorme escucha, respecto

y consideración de las potencialidades de los niños y niñas, pudiese reconocer el derecho de éstos a ser educados en contextos dignos, exigentes y acordes con dichas capacidades, que las personas adultas no debemos traicionar.

Pero Loris Malaguzzi no ha estado, por fortuna, solo. Howard Gardner, en el prefacio del libro (en la versión inglesa) comenta: «Sin duda Malaguzzi (como se le conoce universalmente) es el genio-guía de Reggio; él ha dedicado su vida a la construcción y animación de una comunidad educativa. Una comunidad de cientos de trabajadores con características y especializaciones culturales diversas que han trabajado durante décadas —junto a padres, el ayuntamiento y a miles de niños— para poder realizar un proyecto de alta calidad innovadora. La extraordinaria vitalidad de la experiencia de Reggio se puede explicar en su enraizamiento en la ciudad, en la solidaridad activa de ciudadanos y familias hechos co-protagonistas del proyecto educativo y cultural.»

Loris Malaguzzi nace en Correggio en 1920. Durante más de cincuenta años vive, investiga, proyecta y realiza experiencias concretas en Reggio Emilia, ciudad en la que construye su universal obra pedagógica. Este libro, entre otras cuestiones, nos habla del Malaguzzi pedagogo, pero es necesario saber para entender mejor a este hombre que no sólo —en sus inicios— se dedicó al campo educativo. Fue un reconocido deportista. En 1954 cofunda, junto al poeta Corrado Costa, el Teatro Club y, como director teatral, puso en escena obras de Beckett, Brecht e Ionesco, entre otros. También dirigió, como periodista, la redacción reggiana de *// progresso d'Italia* de 1947 a 1951, escribiendo más de 150 artículos que tocan temas diversos: cultura, crítica teatral y cinematográfica, música, deporte, sucesos, historias,

crónicas, etc. Y donde, también, podemos encontrar algunos poemas.

Su actividad pedagógica le hizo acreedor de varios premios: en 1992 recibió el premio Lego que se otorga anualmente a personas o instituciones que han contribuido de forma excepcional a mejorar la calidad de vida de los niños y niñas en cualquier parte del mundo; en 1993 le conceden en Chicago el premio Khol que galardona a eminentes personalidades de la Pedagogía; para él también estaba pensado el premio Andersen. Posteriormente la experiencia reggiana ha recibido multitud de reconocimientos y menciones internacionales.

Hasta su muerte, el 30 de enero de 1994, Malaguzzi continuó infatigablemente trabajando en innumerables proyectos, con un solo objetivo: luchar denodadamente por el desarrollo de las potencialidades de todos los niños, niñas, mujeres y hombres, allí donde se encuentren.

Pero ¿cómo era Malaguzzi? Sólo puedo, ante una personalidad tan compleja, dar una visión parcial sin pretender ni terminar ni determinar su imagen. Sólo quiero dar algunas pinceladas.

Somos diversas las personas que, poco o mucho, directa o indirectamente a través de escritos, testimonios o entrevistas hemos dado nuestra versión sobre la personalidad, pensamiento y obra de Loris Malaguzzi.

No puedo hacer un retrato de él si no lo veo desde la amistad que, durante años, practicamos. También he hablado con otros amigos y muchas personas que lo conocieron. Lo más curioso es que cada uno tenemos una imagen un poco diferente de Malaguzzi: una persona capaz de *estar* de forma diferente con cada amigo, en cada relación humana.

La amistad con Malaguzzi no es fácil. Es una amistad llena de responsabilidades. El compromiso y la responsabilidad de confrontar críticamente con él las ideas. Porque a él le gustaba discutir, pero sobre todo con las personas que apreciaba. Su amistad es un constante reto, un desafío a construir, en cada momento, ideas nuevas, originales e interesantes.

Lo que Malaguzzi no soportaba eran las medias tintas. Un apasionado, como él —por la vida y por el trabajo— no aceptaba lo banal, lo *light*; despreciaba visceralmente la mediocridad. Esta exigencia —primero consigo mismo y, después, con los demás— le hacían ser inconformista e intransigente.

Nosotros lo hemos conocido amable, grato y comprensivo. Otras personas nos lo han narrado como despiadado en sus críticas, de las que no cuidaba sus formas, ni en público ni en privado. Porque, para él, cuando se hablaba de la infancia, se debía dar el máximo. Y él ofrecía la reflexión más crítica porque creía que ésa era la manera más adecuada de elevar la imagen potencial del niño, de la niña y de la propia profesión.

En el niño, Loris ha buscado esa *nostalgia del futuro*, una nueva humanidad perdida. Ha sido un hombre que ha frecuentado a los niños, que ha gustado y degustado su cultura, sus ideas para *construir-se* su propia personalidad.

Pero Malaguzzi poseía (y tiene) algo especial, una magia inexplicable. Era una persona seductora y fascinante, hechicera porque atraía desde su relación estética, desde la emoción que se desbordaba al narrar las cosas. Una emoción que se puede sentir, al mismo tiempo, sincera y veraz. Incluso cuando sus pensamientos son jeroglíficos ininteligibles hemos visto a diversas personas seguirlo sin parpadear. Era fascinante porque revelaba una verdad, la de su propia experiencia. Una realidad que está en las

escuelas, en los niños. Sus palabras y sus imágenes siempre tenían el aval sólido de una ciudad y de unas escuelas que existen en un lugar concreto y que, al mismo tiempo, son intemporales.

Era un artista en el sentido de que era capaz de detener su mirada en algo y poder ver eso como nadie, con otro significado, con diverso matiz. En este sentido era un creador. Creador, señala Marina, como aquel que es capaz de construir intencionalmente sorpresas eficaces. Sorpresas ligadas a su divergencia para poder hacer emerger lo oculto y poder poner en crisis lo evidente a través de la discrepancia, nunca con las personas, sino sobre sus actuaciones u obras.

Este hombre, fumador empedernido, pescador, amante de la buena comida y de la buena mesa como símbolo de humanidad, era —al mismo tiempo— humilde y reservado: fue capaz de separar su vida familiar y privada de su vida profesional. Fuera del trabajo podía ser bromista y juerguista en el mejor sentido de la palabra, pero en el trabajo era intransigente. Se mostraba despistado con las cuestiones, para él banales, como el dinero o la conducción de su coche, pero era riguroso en los detalles que consideraba importantes. Nos han contado el enfado y los gritos cuando revisaba los baños de los niños y no encontraba en ellos papel higiénico, veía una toalla fuera de sitio o un grifo que goteaba descuidado. Esos detalles, para él, eran signos de una negligencia hacia las condiciones de vida de la infancia. Y ahí era intolerable. Quería, para los niños y niñas, lo mejor.

Su personalidad lo hacía atractivo, sujeto paradójico de amor y de odio. Una persona que no pasaba desapercibida ni creaba indiferencia. Capturaba con la mirada, con el gesto y con sus palabras.

Era genial por su divergencia transgresora, y —como dice Ann Lewin— un líder, por su iniciativa, fuerza y energía vitales. Un ser que sabía correr riesgos, que veía la vida, siempre, como una aventura fuera de la rutina, que acepta el error, que tenía detrás una causa justa. Un innovador capaz de crear un clima de discusión. Al mismo tiempo, una persona que transmitía seguridad y confianza, que desafiaba y estimulaba, que comunicaba sus ideas con una seriedad lúdica. Un hombre que involucraba y envolvía con sus pensamientos emocionados. Sí, Malaguzzi responde a este retrato de líder, en cierto modo, visionario y anticipador de muchas cuestiones y problemas. Muchos testimonios de diversas personas cercanas a él nos cuentan cómo habían sido *obligados* a hacer cosas, después de grandes discusiones, y reconocer —posteriormente— que Malaguzzi tenía razón. Porque él parecía que siempre estaba un *paso más allá* aunque, también, sabía permanecer siempre con las personas que apreciaba, sin abandonarlas ni alienarlas.

Fue un creador a quien le estimulaba la disarmonía, lo discrepante, lo paradójico y contradictorio. Era el ser, como dice Rof Carballo, fascinado por la paradoja o por los perfiles irregulares de las cosas. Divertido y divergente, le gustaban las ideas incómodas, las rupturas sistemáticas, las complejidades creativas, la normalidad de las locuras y llegar al límite de lo impensado. Lo que irremediabilmente atrae de Loris es su poder de pensar a lo grande, con utopías sostenibles, de moverse en el terreno movedizo de lo posible y hacerlo necesario, realidad palpable.

Era una persona sabia, sabia según la idea de Varela, como aquella persona que sabe lo que está bien y lo pone espontáneamente en práctica con una capacidad de poner todo en duda y darle una confrontación inmediata.